

EL PORVENIR DEL OBRERO

ECO DE LA AGRUPACION GERMINAL

DIRECCIÓN: J. Mir y Mir—PRIETO Y CAULES, 13.—MAHÓN (ISLAS BALEARES).

A «El Grano de Arena»

Que me perdonen los amigos de la entusiasta librepensadora D.^a Belén Sárraga de Ferrero; pero no debo ocultar que cojo la pluma para contestar á las calumnias del *semanario consagrado al corazón de Jesús* sin ningún entusiasmo, ni esperanza de buen resultado. Conozco, por repetidas y públicas experiencias, el carácter de aquellos católicos redactores, de los que se puede esperar todo, todo lo que sea malo, pero nunca que rectifiquen las falsedades lanzadas conscientemente á la publicidad, ni que tengan un rasgo digno. Sin embargo, su atrevimiento de injuriar á personas ausentes y merecedoras de todo respeto, les hace acreedores al castigo de tener que oír algunas verdades.

Examinemos primero los cargos dirigidos contra la ilustre propagandista.

El primero es que no está casada por la Iglesia.

Yo creo que al unirse en matrimonio legítimamente, prescindiendo de la inútil bendición sacerdotal, obran como deben los librepensadores. Si, faltando á sus convicciones y haciendo traición á su conciencia, obran de otro modo, si se hacen administrar un sacramento cuya eficacia niegan, entonces cometen una mala acción, dan un mal ejemplo y cometen un sacrilegio. A esto último quizá los redactores del *Grano*, acostumbrados á sacudir el polvo á los santos, no le den importancia, y menos si el sacrilegio puede producirles algunas pesetillas.

Lo de llamar *amontonados* á los que se casan de conformidad con las leyes españolas, merece algunas preguntas, que supongo no querrá contestar el *semanario del sagrado corazón*. Ahí van:

¿Qué calificativo merecen las piadosas mujeres que frecuentan tratos deshonestos con algún reverendo sacerdote? ¿Cómo se llaman en derecho canónico esas uniones tan generalizadas? Digo generalizadas porque yo conozco las queridas de algunos clérigos y he oído nombrar las de muchos más. Si los redactores del católico semanario quieren que practiquemos sobre él una detallada información, yo propondré desde luego el nombramiento de una *comisión mixta*, y estoy seguro de que en

todos los barrios hallaremos vecinos dispuestos á declarar toda la verdad, que, por otra parte, bien pública es y notoria.

¿Cómo hemos de llamar á los curas que frecuentan conventos de monjas? ¿Cree *El Grano* que esto se puede pagar con una multa? ¿Se puede decorosamente poner precio á ciertas cosas?

¿Qué debemos pensar del sacerdote que en uno de los días más calurosos de este verano tuvo que ser echado á puntapiés de una barbería por haberse propasado á manosear, con sus manos consagradas, al mozo que le estaba afeitando?

¿Quiere el *Grano* que hablemos de los beatos seglares que abandonan á sus legítimas esposas para dar calor á *hogares suplementarios* y que derrochan en *non sanctas* francachelas el dinero y el humor que escatiman en sus propias casas?

No bastarían muchas páginas si hubiese de preguntar todo lo que en este momento se me ocurre.

Pasemos á otra cosa.

Dice el *Grano* que «doña Belén tuvo que salir de estampia de Barcelona huyendo de la policía, cuando ésta trataba de dar caza á los criminales que arrojaron las bombas de dinamita; crímenes, y vayan ustedes atando cabos, que los librepensadores, incluso la oradora, atribuyen á los manejos ocultos del jesuitismo».

Y muy bien atribuido, digo yo; porque vamos á ver: ¿porqué se encerró en Montjuich, juntos con algunos anarquistas, á los más activos elementos del liberalismo barcelonés, socialistas, republicanos, librepensadores, profesores laicos y, en general, á los que merecían el odio más profundo de los reverendos P. P. Jesuitas? ¿Porqué á los presos, al menos á los que han podido contarlos, no se les preguntó nada referente al crimen de la calle de Cambios, y se les mortificaba con averiguaciones sobre sus creencias religiosas, cumplimiento con la Iglesia, etc.?

Comprendemos que á los clericales les duela el que mi ilustre amiga y compañera pudiese escapar de ser encerrada y atormentada, mayormente cuando conocen bien que ya no podrán repetir la bárbara é inquisitorial fechoría.

Continúa el *Grano* echando en cara á D.^a Belén «que su cuerpecito ha estado á la sombra en

«Cartagena, ú sease, que ha estado en la cárcel. (Suponemos que no habrá sido por rezar el rosario)».

Díganos el Director del *Grano*:

¿Cuándo á él le encerraron en la cárcel de Mahón, hará poco más de un año, fué por haber cantado la letanía?

Faltó á su deber el Gobernador que hizo encarcelar á quién, usando de su perfecto derecho, había ido á Cartagena á propagar el librepensamiento, aunque con ésto solo pudo lograr que se llenase de gloria la mujer intrépida que, aún hallándose embarazada, prefirió los rigores de la injusticia gubernamental á la abdicación de sus derechos legítimos como ciudadana española. ¡Ojalá que muchos ejemplos como éste pudiéramos ofrecer al pueblo aletargado!

Decir que D.^a Belén no paga los alquileres, ni á la modista, ni al panadero, es una porquería, si no se puede justificar.

El Grano, para escudarse, afirma que estas cosas las han dicho «La Lectura Dominical» de Madrid, «El Obrero» de Jijón, el «Ancora» de Palma y «El Siglo Futuro» de Madrid.

Lo cual es mentira.

Todas esas patrañas las inventó «El Obrero Católico» de Jijón, y basta citar sus palabras para descubrir la falsedad. Dijo el católico asturiano, como única prueba de sus asertos: «¿Qué de donde hemos adquirido nosotros esas noticias? Averíguelo Vargas».

Los demás periódicos católicos han copiado las calumnias sabiendo que eran tales, procedimiento á que el clero nos tiene ya de antiguo acostumbrados. Lo más digno de nota es que en Valencia, residencia habitual de D.^a Belén Sárraga, se publican periódicos católicos y ninguno de ellos ha se atrevido á tocar en lo más mínimo la honra de la enérgica propagandista. En Valencia D.^a Belén es conocida de todos y la calumnia hubiera levantado justas protestas. Era más prudente urdir la infamia en el otro extremo de España y que luego corriera por todos los *órganos del corazón de Jesús*, siempre dispuestos para tales oficios.

Preguntarán algunos: ¿porqué esa rábida infernal de los *mansos discípulos de Cristo*, que á tan escandalosos extremos les arrastra, contra una débil mujer que va predicando por todas partes doctrinas regeneradoras de emancipación, de progreso, de fraternidad, de justicia?

Por dos razones: primera porque esa mujer no es débil; al contrario, tiene la fuerza de la razón, la fuerza del asentimiento popular, la fuerza que á todas las almas nobles dá la conciencia del cumplimiento del deber. La segunda es que los hombres de Iglesia no defienden ya sus dogmas, olvidan el Evangelio, han declarado la cesantía de Cristo.

Los templos se hallan invadidos por los mercaderes que aquél arrojó á latigazos. La Iglesia, esa aliada y protectora de todas las injusticias, de todos los privilegios, de todas las opresiones, sabe bien que su vida depende únicamente de la ignorancia de los pueblos. Por ésto persigue con todas sus fuerzas á los que publican la verdad; con el hierro y el fuego cuando puede, con la calumnia, con el descrédito, por todos los medios indirectos, cuando las circunstancias no le permiten más. Si el Cristo volviera, otra vez sería perseguido y calumniado y azotado y muerto por los Principes de la Sinagoga.

Cristo dijo: procurad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.

Reunidos en Burgos una multitud de Obispos, ninguno de ellos notable por su ciencia ni por su virtud, no trataron en Congreso de otra cosa que *de las añadiduras*: que los párrocos no paguen consumos, cargando el mochuelo sobre los demás ciudadanos, que los seminaristas no vayan al cuartel, que no se toque al presupuesto eclesiástico; tales fueron los *importantísimos asuntos espirituales* que ocuparon á los modernos escribas y fariseos y doctores de la Ley.

Dicen que el héroe de la fiesta, *la primera figura del Congreso* fué nuestro Salvador.

No defendió á Sancha, que le había protegido, levantándole de la nada hasta la silla episcopal; los que le atacaban eran poderosos y ya no es Sancha el sol que más calienta.

Tampoco se portó mejor con los gobiernos liberales que le nombraron y todavía le pagan. El fué quien propuso la concordia entre los carlistas y *reconocementeros* en la fórmula de *plegar la bandera, pero no arriarla, esperando mejores tiempos*. Que es como si dijera: «ocultemos el puñal en la manga, presentémonos como amigos de los mandan, á fin de seguir cobrando sin tropiezos, y cuando veamos la ocasión propicia, nos alzaremos con el santo y la limosna.» Conducta muy propia de quien ha de ser, según su Evangelio, *astuto como la serpiente, á la vez que sencillo como la paloma*.

Del Obispo Castellote no conozco ninguna buena acción; he oído contar que á él se deben el proceso seguido á la Lógia de Ciudadela y el que ocasionó positivos perjuicios al molinero Antonio Sastre. En uno y otro caso resultaron inocentes los perseguidos por la justicia por causa del Obispo: en el último la denuncia resultó calumniosa y no se persiguió al denunciador, como correspondía, ni se castigaron los profanadores del cadáver de la esposa del molinero, porque los criminales estaban amparados por la Iglesia.

Estas cosas, señores del *Grano de Arena*, no han pasado en Jijón ni en Valencia, ni necesitamos

que las averigüe Vargas. Las sabemos todos en Menorca, y ésto explica porqué muchos miles de duros pagados por los gobiernos liberales á un centenar de hombres repartidos por toda la isla y dedicados exclusivamente á combatir al liberalismo y á la civilización moderna, no bastan á impedir los progresos de las nuevas ideas.

El pueblo conoce bien á los sacerdotes católicos, altos y bajos, y sabe á que atenerse respecto á su sinceridad; sabe que defienden á la Iglesia porque de élla viven, no porque éellos crean en nada. Así es que el pueblo tampoco los cree á éellos, ni cuando atacan á la Masonería, ni cuando calumnian á D.^a Belén, ni cuando dicen que el dinero de los cepillos es para las almas del Purgatorio.

M.

LAS HUELGAS

Ya no son los obreros lo que eran hace veinte años. Entonces, con el temor á Dios, con su fé religiosa arraigada en sus corazones, con el respeto á sus señores, sus amos, soportaban con estóica resignación, con la resignación de un ser domesticado por el hombre, no racional, el mandato despótico, la amenaza humillante, el mal tratamiento á veces, como si los que por su condición social, distinta de la de ellos, pero igual ante la ley natural, tuviesen obligación de servirles como esclavos.

No, el hombre que sirve á otro hombre igual á él ante esa ley y con iguales derechos ante la sociedad, ha sentido en el interior de su adormecida conciencia un átomo de luz que le ilumina y le hace ver que tiene necesidad de independencia, de libertad, de un perfecto derecho á su emancipación social, para dejar de ser esclavo de otro hombre, aunque este hombre viva rodeado de riquezas y sea dueño absoluto de grandes fábricas y espaciosos talleres.

Los obreros, los trabajadores de hoy no son lo que eran ayer. Hoy tienen conciencia de sus actos, como de sus deberes y su ignorancia va desapareciendo al influjo de la civilización que extendiéndose va rápidamente por todas partes, aun por aquellas regiones más apartadas, donde el progreso no se ha manifestado aun con sus sorprendentes inventos y sus creaciones maravillosas.

Libre de esa ignorancia y conocedor de sus derechos, reclama de los patronos, los amos, lo que antes no se atrevía á reclamar: la jornada de ocho horas y aumento de jornal; lo primero para tener tiempo suficiente para el descanso; lo segundo, para cumplir debidamente con las necesidades de la familia.

A esta legal petición se resisten por lo general los hoy llamados patronos en el lenguaje socialista, y de esa importuna y tenaz resistencia provienen los paros que á veces se prolongan más tiempo del que estamos acostumbrados á ver por estas regiones.

Esas huelgas tienen su razón de ser, porque tienen por fundamento lógico el bien material y moral del obrero: el bien material, por lo que respecta á las ventajas del descanso y reposición de fuerzas; y el bien moral por lo que atañe á su instrucción.

Las huelgas son necesarias; si á veces revisten caracteres y proporciones aterradoras, culpa es de los patronos por su intransigencia y su egoísmo y deseo de seguir enriqueciéndose á costa de los que trabajan sin poder nunca conseguir ahorros para sus hijos.

Por esta región las huelgas no tienen importancia ni alarman á las autoridades. Estas proporcionan trabajo que se paga cada día á peseta—se trata de albañiles y gente del campo—y el conflicto se salva con invertir el Municipio algunas sumas de escasa consideración.

Si esos albañiles se agremiaran y asociaran é hicieran lo mismo los que se dedican á las faenas agrícolas, contarían con un fondo de resistencia con el que pudieran prolongar las huelgas más tiempo, sin necesidad de acudir á las puertas del Ayuntamiento para pedir trabajo, que le darían los propietarios al ver la falta de brazos para sus operaciones agrícolas.

No se asocian, y así se ven: son verdaderos esclavos de *sus señores*, de los que tan infame y desconsideradamente los explotan.

Casi estoy por decir que no merecen compasión. Ellos tienen la culpa.

EMILIO LÓPEZ DOMINGUEZ.

Córdoba y Octubre de 1899.

Congreso socialista

Celebróse en Madrid á fines de Septiembre. Se trataron importantes cuestiones de organización, definiendo la conducta que el partido socialista se propone seguir en el sentido de admitir la coalición con otros partidos radicales, cuando lo exijan la defensa de la libertad conquistada y la necesidad de poner vallas á la reacción provocadora.

Contra lo que algunos miopes pudieron creer, se ha demostrado que el socialista es un partido

fuerte, disciplinado y ya muy numeroso. Mientras todo se disuelve, corrompido por la inmoralidad y el excepticismo, el partido socialista se presenta unido, firme, sosteniendo con tesón sus principios, lleno de fé en el porvenir.

El Congreso hizo patente el amor de los socialistas á la justicia, acordando persistir en la campaña de revisión del proceso de Montjuich y protestando contra la prórroga de la ley de represión del anarquismo. También protestó de la nueva condena impuesta por la burguesía francesa al ex-capitán Dreyfus y se adhirió á las manifestaciones del partido socialista inglés contra la conducta seguida por el Gobierno de Inglaterra con el Transvaal.

Felicitemos á los que en el Congreso tomaron parte y deseamos que no le falten nunca al partido socialista la fé y el entusiasmo necesarios para defender una causa tan noble y justa como es la causa de la redención de los explotados.

¡.....!

Aquí la justicia se aplica simplemente al pobre, al obrero, que al ver á su familia muerta de hambre busca por cualquier medio un pedazo de pan que dar á sus hijos; al cesante que se mete en una fonda y se escapa sin pagar el triste bistek con que ha mitigado las necesidades de su vacío estómago; al periodista que osa decir al pueblo la verdad que se le debe; al pobre empleado de baja esfera que comete una irregularidad; al triste oficial de baja graduación, que indignado ante los abusos de algún jefe le falta al respeto, prescrito en la Ordenanza; al desgraciado soldado que llega cinco minutos después á la lista. Pero al grande, al poderoso, al rico, á aquellos que, protegidos por la impunidad aparente de sus entorchados ó de sus casacas de ministros ó sus investiduras de senadores ó diputados, han llevado á la patria á la deshonra y cometen, resguardados por esa impunidad, mil abusos, irregularidades mil y cientos de actos deshonorosos, no se les aplica la justicia de la Nación, porque hasta ellos parece que no pueden llegar sus saludables efectos.

EL CAPITÁN VERDADES.

LA CANALLA

Han protestado en Inglaterra contra los ambiciosos planes de Chamberlain, contra el Imperialismo, contra la guerra injusta del Transvaal.

¿Quién ha realizado esa protesta digna, humana, nueva en el mundo? ¿Han sido los religiosos, católicos ó protestantes, la magistratura, el profesorado, alguna entidad de las que solemos llamar respetables?

Nó; ha sido el pueblo, los partidos avanzados, la canalla. ¡Qué hermosa lección!

LA VENDIMIA

—Papá, ¡qué hermosa es la uva de aquella vid!

—En efecto, la uva es muy hermosa este año; ¡pero si tú supieras cuantas fatigas ha costado! Es necesario hacer los surcos, podar las viñas, después enderezarlas, darles el sulfato de cobre, el azufre, etc., etc.

—¿Cómo estarán de contentos aquellos que han trabajado tanto y ahora recogen el fruto de sus fatigas! ¿De quién es la uva?

—Es mía; mañana pasará á mis cubas y haremos muy buen vino.

—¿Cómo? ¿Mientras yo estaba en el colegio tú has trabajado tan fatigosamente?

—No, niño; yo he estado en la ciudad; pero nuestro encargado ha vigilado los trabajos y ha hecho trabajar á los campesinos.

—Entonces la uva será de los campesinos y del encargado, porque son ellos los que han trabajado.

—No, porque la vid es mía; yo he pagado á aquellos hombres para que la trabajasen, como pagaré á los que recogen la uva y la convierten en vino.

—Y el dinero ¿de dónde lo tomas?

—Es el que obtuve vendiendo el vino del año pasado, y el que me pagad los campesinos por otras tierras que les doy en arrendamiento.

—Para obtener este dinero ¿tú no tienes que trabajar?

—No; son ellos, los campesinos, los que trabajan.

—Entonces, ¿no podrían esos campesinos ahorrarte la molestia de poner en tu caja el dinero para después devolvérselo.

—Yo no lo devuelvo todo ¿sabes? Les doy solamente una parte.

—Comprendo, es tu sistema para vivir sobre sus costillas.

(Il Lavoratore Valtellinese).

B. Fábregues, imp. de la Real Casa, Nueva 25.

Talleres: San José, 69

MAHÓN